

MIGUEL ÁNGEL MAÑAS

A
S
T
R
O
V

ASTROV

SOFÍA/ELENA

TODO SON MAPAS CON CAMINOS.

DOS SILLAS, UNA MÁS VIEJA QUE LA OTRA. UNA MESA. MAPAS ENROLLADOS, PINTURAS. VARIAS RAMAS DE PEQUEÑO TAMAÑO UNIDAS POR CUERDAS. UNA BOTELLA DE VODKA. MÁS BOTELLAS VACÍAS, O CON ALGO DE LÍQUIDO. UNA CHIMENEA CUYA LLAMA CIMBREA MORIBUNDA.

ASTROV: Mi nombre es Astrov y moriré envuelto en llamas. Pero no me moveré; dejaré que el calor me ponga la piel roja y después negra. Toda la tierra también se pintará de negro. El fuego se verá desde muy lejos.

Lejos...

Esta parte del mundo necesita ser purificada. Y el fuego es capaz de conseguirlo. Nada de agua, nada de canciones, nada de buenos pensamientos. Solo fuego.

Un fuego gigantesco y hambriento.

Arderé sin prisa y por eso me recordarán las generaciones venideras. Aquí yace la tumba de Astrov, el buen doctor. Supo dar la vida y distraer a la muerte, aunque no siempre... no siempre. ¡Maldita sea! No puedo ser fuerte todo el tiempo. Todos los héroes necesitamos de la debilidad. La debilidad es el espejo que nos hace vernos imperfectos, vulnerables... borrachos. Ah, la puta debilidad. A la mía le gusta beber vodka de vez en cuando.

La garganta también me arde... *(Vuelve a beber.)* Todo desprende calor. El calor es lo que nos da la vida. Por eso siempre tengo calor, porque estoy vivo, muy vivo, tanto que asusto a los demás, a los pobres desgraciados que se niegan a levantar la cara del suelo, a los que solo miran hacia arriba para obedecer.

Pero a mí me recordarán por haber muerto de pie, soportando el calor del fuego y al fuego mismo. Pintó bosques inmensos, curó a los hombres y los puso en esos bosques... Pero el temor a la libertad fue lo que lo traicionó.

Esos pobres desgraciados van a traicionarme porque prefieren tener la boca llena de barro y mierda de caballo antes que tener el aliento limpio, para poder hablar, para poder expresar su dolor... Ah, qué necio soy.

Tened bosques, tened animales, tened un pedazo de cielo que poder contemplar desde vuestras casas...

Primero querrán tocarlo, tenerlo apretado entre las manos, pero no sabrán qué hacer con ello, no sabrán qué hacer con tantas maravillas. *(Despliega uno de los mapas.)* Aquí hay dos acres de abedules, dos acres, plantados con mis propias manos. Están a punto de desaparecer.

Fuego...

Tira el mapa encima de la mesa. Bebe.

Observo cómo andan entre los árboles y no me equivoco cuando digo que son una panda de paletos. No son capaces de admirar la grandeza de la naturaleza cuando no los somete. Solo entienden de grandeza cuando hay alguien detrás pateándoles la espalda para que no olviden que son simples culebras sin lengua. Pero menos mal que hay gentes que beben cultura e inquietudes todos los días y que sabrán apreciar lo mucho que hice por la humanidad.

Bebe. Mira a su alrededor, como si todo lo viese por primera vez. Se tumba sobre la mesa. Derrama gotas de vodka sobre su cuerpo.

Estupendo vodka. Va a arder muy deprisa.

Entra SOFÍA, muy abrigada y con una cartera de cuero. Con un dedo recorre el camino que la lleva desde donde está hasta donde ASTROV le espera.

ASTROV se incorpora. Pone los mapas encima de la mesa. Se acerca al mapa y corta el recorrido del dedo con su mano.

ASTROV: Llega pronto.

SOFIA: ¿Puedo pasar?

ASTROV: Ahora no, estoy ocupado.

SOFIA: Son las cinco. No he llegado pronto, sino puntual. En la oficina me han dicho que usted era muy amigo de la puntualidad, y por eso...

ASTROV: Yo no tengo amigos...

SOFIA: Me vendría bien entrar un momento. Estoy muerta de frío y he tenido que andar muy deprisa para no congelarme... Vi entre los arboles el humo que salía de su chimenea y pensé: seguro que este buen hombre tiene una tetera preparada y quizá un vasito de vodka para mezclarlo con el té.

ASTROV: ¿Vio el humo de mi chimenea?

SOFIA: Sí. El sol lo iluminó por un instante y...

ASTROV: ¿Qué?

SOFIA: Siempre me ha gustado contemplar cómo la luz puede cambiarlo todo.

Breve pausa.

ASTROV: Sí, es verdad. La luz lo cambia todo. *(Se miran unos instantes. ASTROV la deja pasar.)* Puede quitarse el abrigo, si quiere. Esa silla es muy cómoda. Esa otra no, cruje como un anciano. *(SOFÍA se quita el abrigo. Contempla los mapas, a él, que no ha dejado de clavarle la mirada.)* Démelo, lo llevaré a mi habitación.

SOFIA: No es necesario.

Lo apoya sobre el respaldo.

ASTROV: Supongo que ya sabe quién soy. Pero es de buena educación presentarse: Soy el doctor Astrov. Bueno, era doctor, ahora me dedico a la geografía.

SOFIA: Sofía... Soy...

ASTROV: Es un nombre muy... interesante. Significa sabiduría. Mi nombre no significa nada. Es un pobre conjunto de letras...

SOFIA: Bueno, no siempre somos lo que parecemos y el nombre, por mucho que signifique, es solo eso.

ASTROV: No estoy tan seguro.

Silencio.

SOFIA: Me encantaría tomar un té.

ASTROV: Antes tiene que decirme si todo esto va a servir para algo.

SOFIA: No sé a qué se refiere

ASTROV: Entre todos esos papeles que debe guardar en su bonita cartera de piel, deduzco que hay unos cuantos que hablan de mí. Y las preguntas... eso es lo que más me interesa. Algunos de los papeles tienen escritas preguntas, unas son generales y otras están pensadas en mi persona y circunstancias y, por supuesto, que estaré encantado de contestar a todas y cada una de ellas si me garantiza que no tiene hecho ya un patrón o como quiera que se llame.

SOFIA: No hay nada pre establecido, si es a eso a lo que se refiere.

ASTROV: No sea condescendiente conmigo. Soy un viejo médico al que solo le queda el sabor amargo de tiempos pasados. Y aunque no es imprescindible haber tenido una vida de mierda, por, digamos instinto, siempre se tiende a dar cosas por hecho cuando conoces o tratas con ancianos.

SOFIA: Solo trato de ser educada... respetuosa.

ASTROV: Es usted un encanto. Lo de la educación puedo entenderlo, pero qué la obliga a mostrar respeto.

SOFIA: Pues supongo que....

Silencio. ASTROV espera una respuesta que no se produce.

ASTROV: ¿Yo estoy obligado a ser respetuoso?

Sofía-. (*Sonríe.*) No sé a dónde quiere llegar.

ASTROV: Lejos, a la luna, por ejemplo. ¿Ha estado en la luna ya? (*SOFÍA niega con un gesto.*) Es una experiencia muy interesante y gratificante. La ausencia de gravedad es doble. Lo físico se ve alterado, pero también lo emocional. Nada pesa, nada es importante, nada parece querer desarrollarse, o ser, o estar. Las imposiciones no existen y todo aquello que creías saber, lo sabes, pero la gravedad hace que quieras desprenderte de todo. Hasta de lo que creías ser. (*Pausa.*) Pero, como todo en este mundo de charcos y barro, tiene su lado... grave, pesado.

SOFIA: ¿Y cuál es?

ASTROV: Que nunca puedes librarte de lo que eres.

SOFIA: ¿Y qué cree usted...?

ASTROV: La primera pregunta del cuestionario, ¿me equivoco?

Breve pausa.

SOFIA: No. No se equivoca.

ASTROV: Saque ya esos papeles.

SOFÍA lo hace.

SOFIA: Pero antes tomemos ese té.

ASTROV: No tengo té... de momento...

Breve pausa.

SOFIA: Hábleme de los mapas.

ASTROV: (*Mirando a su alrededor.*) No quiero repetir discursos.

SOFIA: A mí no me lo ha contado aún.

ASTROV: A nadie le interesa esto. Solo a mí. Solo yo puedo entenderlos.

SOFIA: Por eso quiero que me los explique. Están muy elaborados. A mí, de pequeña, también me gustaba dibujar mapas. Me los inventaba.

ASTROV: Estos no son inventados. Sirven para constatar una realidad.

SOFIA: ¿Cuál?

ASTROV: Que el mundo está lleno de charcos y barro.

Silencio.

SOFIA: ¿Cuánto hace que vive aquí?

ASTROV: Cincuenta años, cien, mil... No lo sé con exactitud. (*Coge la botella de vodka. Bebe.*) Demasiados, eso sí que se lo puedo asegurar.

SOFIA: La construyó usted mismo.

ASTROV: Me ayudaron otras personas. Tenía un amigo que...

SOFIA: Cómo se llamaba.

ASTROV: Vania. Éramos buenos amigos hasta que...

SOFIA: ¿Sí?

ASTROV: Si le gusta la casa puedo vendérsela. Hágame una oferta. Quizá lleguemos a un acuerdo.

SOFIA: Mi sueldo no da para tanto.

ASTROV: ¿Cuánto cobra?

SOFIA: Menos de lo que se imagina.

ASTROV: Pero sin embargo ha venido hasta aquí.

SOFIA: Es mi trabajo.

ASTROV: Qué abnegada. (*La mira con intensidad.*) ¿O hay algo más?

SOFIA: No lo sé. Dígame usted...

ASTROV: ¿Resignación?

SOFIA: No sé a cuanto se cotiza...

ASTROV: Es usted muy ingeniosa y eso puede ser un problema.

SOFIA: ¿Por qué?

ASTROV: Del ingenio a pasar a ser graciosa solo hay un metro, dos como mucho, y usted parece dispuesta a saltarlos para demostrarlo.

Pausa.

SOFIA: Le prometo que tendré cuidado.

ASTROV: No debe prometerme nada. Si quiere ser abnegada, resignada, ingeniosa y graciosa puede serlo, pero no lo demuestre todo a la vez o tendré que beberme esta botella de un trago para poder superarlo.

SOFIA: Cómo le gustaría que fuese.

ASTROV: Esa pregunta no viene en el cuestionario.

SOFIA: No. (*Pausa.*) Dígame. Qué cualidades busca en los demás.

ASTROV: No me interesan los demás. Ya no.

Breve pausa.

SOFIA: Yo no soy los demás, si me permite decírselo.

ASTROV: No voy a describirla. Soy médico, no psicólogo, aunque nunca me ha hecho falta la psicología para *calar* a los demás.

SOFIA: Entiendo que ya me ha *calado*.

ASTROV: Desde que la miré a los ojos.

SOFIA: Entonces no tiene de qué preocuparse.

ASTROV: Siga con el cuestionario. No debe abandonar el cerco de seguridad.

SOFIA: ¿Qué debo temer?

ASTROV: Usted sabrá.

SOFIA: Aún no sé nada y espero que usted pueda instruirme.

ASTROV: No he escrito ninguna enciclopedia para ser tan ilustrado.

SOFIA: Sin embargo usted es muy distinto.

ASTROV: Comparado con qué, ¿con los caballos?

SOFIA: En estas tierras hay muchas personas que han dejado que el clima las vuelva frías, brutas...

ASTROV: Y ambos estamos alejados de eso. Estamos en el otro extremo, ¿es eso lo que quiere decir?

SOFIA: Sí.

ASTROV: Somos cálidos y sensibles. Somos capaces de contemplar todo cuanto nos rodea con otra clase de percepción. Es algo artístico, algo que nos hace alcanzar cierto grado de placer. Somos capaces de contemplar y extasiarnos cuando la luz incide en el humo, creando caprichosas estelas que, mezcladas con el vaho que exhalan los árboles, transforma el paisaje en algo fantástico... lunar... sin gravedad... Pero lo más importante es la luz... que puede cambiarlo todo.

Silencio. ASTROV golpea la mesa. Ella se pone en pie.

Sofía-. Lo siento...

ASTROV: ¿Por qué? No debe sentirse incómoda. A nadie le interesan mis palabras. Pero lo cierto es que usted estaba muy lejos.

SOFIA: Sí, lo estaba.

ASTROV: Y había mucha soledad en su mirada. No le gustaría vivir aquí, en esta casa. El hielo puede ser muy cruel. Y para una persona que suda soledad, este lugar puede ser su final.

SOFIA: Vivo en un pequeño apartamento cerca de la estación central.

ASTROV: Ah, la ciudad. ¿Cómo está?

SOFIA: Llena... pero triste. No sé exactamente que hacen los demás cuando no trabajan, pero le aseguro que no salen a pasear. Si acaso a comprar y poco más. Los parques y las plazas están vacíos porque todo está lleno de frío... o de tristeza.

ASTROV: (*Ausente.*) Qué hacer con tanta tristeza...

SOFIA: No soporto el invierno.

ASTROV: (*Volviendo lentamente.*) Hace unos cincuenta años que la ciudad sufrió una epidemia de tifus, tifus exantemático. Era tal el grado de hacinamiento de sus habitantes que fue cuestión de tiempo que el virus se manifestase. Y poco después, un gigantesco incendio obligó a los campesinos a desplazarse fuera de la ciudad porque lo habían perdido todo. Pensaron que era más fácil empezar de nuevo, pero en otro lugar... y eso fue... es una gran equivocación.

SOFIA: Algo he leído sobre aquel incendio. Muchos libros sostienen que fue provocado.

ASTROV: Sí...

SOFIA: Debió de ser terrible ver la ciudad así.

ASTROV: Nada más llegar pensé en Edipo. Él también se vio obligado a volver para salvar a la ciudad de la peste. Yo también estoy ciego, (*Pausa.*) y borracho. ¿Va a apuntarlo en esos papeles?

SOFIA: Sí. Es mi trabajo.

ASTROV: Qué asco de trabajo entonces. ¿Le gustaría que yo hiciese lo mismo?

SOFIA: Solo es un procedimiento.

ASTROV: ¿Un procedimiento? ¿El estado me está juzgando?

SOFIA: No, claro que no. Esto sirve para poder evaluar los casos.

ASTROV: Vaya, y yo que pensaba que le estaba empezando a interesar. La dejo entrar en mi casa y poner sus sucias manos encima de mis cosas... para luego escupirme a la cara. Resulta de una crueldad extrema. Me ha engañado. Ha pasado de ser ingeniosa a cruel sin ser graciosa.

SOFIA: Siento que se haya llevado esa impresión. No le estoy juzgando ni nada parecido. Pero mi trabajo es saber cuáles son sus necesidades y para averiguarlo debo hacerle preguntas.

ASTROV: Pero sin implicación emocional.

SOFIA: Más o menos.

ASTROV: Entonces es como hablar con una máquina. La próxima vez que venga ella y usted puede quedarse en casa.

SOFIA: Lo siento...

ASTROV: No le he pedido a ninguna autoridad que se preocupe por mí.

SOFIA: Vive muy aislado y de algo ha de servir pagar impuestos. En su día usted hizo mucho por los demás...

Breve pausa.

ASTROV: Debería irse.

SOFIA: (*Pausa.*) Concédame unos minutos más. Y luego me marcharé.

ASTROV: La máquina ha dejado paso a la persona.

SOFIA: Existe un espacio que no debo...

ASTROV: Traspasar...

SOFIA: Exacto.

ASTROV: Pues quédese ahí quieta y no se acerque demasiado a mí.

SOFÍA: Quizá debería marcharme y...

SOFÍA se pone el abrigo ante la atenta mirada de ASTROV.

ASTROV: Sea puntual.

SOFIA: Creí que ya no...

ASTROV: No piense tanto.

SOFIA: Entonces nos vemos mañana.

ASTROV la mira unos instantes.

ASTROV: El té está casi a punto. La dejo quedarse si me promete no sacar el cuestionario.

SOFIA: Está bien.

ASTROV sirve sendas tazas de té. Ella lo contempla. ASTROV echa unas gotas de vodka en el suyo.

ASTROV: ¿Quiere un poco?

SOFIA: No, estoy bien.

Beben. Silencio.

Está muy bueno.

ASTROV: Me lo traen de un pequeño pueblo de China. Nunca he estado allí. ¿Usted?

SOFIA: Tampoco.

ASTROV: ¿Le gusta viajar?

SOFIA: Sí, pero mi sueldo no da para largas distancias. Ni siquiera, cuando era pequeña, podíamos permitirnos ir demasiado lejos. Por eso me inventaba mapas.

ASTROV: Yo no recuerdo nada de mi niñez, y quizá por eso, los demás se preguntan si alguna vez fui un niño. A mí me pasa lo mismo con algunas personas. Las observo, tratando de encontrar alguna veta de inocencia, algún brillo en sus ojos que las delate. Pero, en estas tierras, los ojos son dos masas opacas y, por eso, querida Sofía, de nadie te puedes fiar. ¿Ocurre lo mismo en la ciudad?

SOFIA: Quizá.

ASTROV: Seguro que sí. Muchas cosas cambiaron después de aquel incendio, y usted misma ha dicho antes que todo está lleno de frío y tristeza. ¿Siempre ha vivido allí?

SOFIA: ¿Dónde?

ASTROV: Dónde va a ser: en la ciudad.

SOFIA: Sí...

Se sirve vodka.

ASTROV: Necesita calentarse... (*Sonríe.*), o quizá, ahogar un recuerdo.

SOFIA: Apenas noto el calor del fuego.

ASTROV: Quítese el abrigo y acérquese.

ASTROV echa un par de troncos a la chimenea.

SOFIA: Gracias.

ASTROV: Es fascinante, ¿verdad?

SOFIA: A qué se refiere.

ASTROV: A su poder. Una pequeña llama puede dejarte marcado para toda la vida. Una mujer que conocí hace muchos años comparaba el fuego con las caricias. Le gustaba mucho la poesía, incluso escribía de vez en cuando, aunque no era muy buena. Sin embargo, creo que la comparación es muy acertada. Vaya, estoy mostrando que tengo corazón y usted no debe saber más de lo necesario.

SOFIA: Ahora no estoy trabajando.

ASTROV: Siempre estamos trabajando. Y la única manera de superarlo es beber un poco para creer que somos capaces de inventarnos otras vidas.

SOFIA: ¿Por eso bebe usted?

ASTROV: Por eso y por los pacientes que no fui capaz de curar.

SOFIA: No se puede ser siempre infalible.

ASTROV: No, no se puede... Pero un médico debe llevar a cabo su trabajo de forma intachable y no dejarse arrastrar por la frustración. Esa sí que es una enfermedad peligrosa. Usted vive en una ciudad llena de gente frustrada y por eso tienen los ojos opacos. Con ellos son capaces de destruir cualquier brillo de esperanza. No se deje contagiar.

SOFIA: ¿Y qué me dice de usted?

ASTROV: Todo falso. A mí me brillan los ojos solo cuando me he ventilado un par de botellas, Hasta que los ojos se giran hacia dentro, ensañándome lo ruina que soy. Y por eso, debo volver a beber. Ya ve cómo no he sido un medico infalible.

SOFIA: ¿Perdió alguna vez a algún paciente?

ASTROV: ¿Esa pregunta es del cuestionario?

SOFIA: No.

ASTROV: No me mienta. Usted y su gobierno han venido a husmear en mi vida y, a cambio, yo me dejo oler para saber de qué estoy hecho, ¿no es así?

SOFIA: No sé a qué se refiere.

ASTROV: Claro que lo sabe. ¡Márchese, fuera!

SOFÍA se pone el abrigo apresuradamente y recorre con el dedo el mapa. Abandona el espacio. ASTROV toma un trago.

Llega la noche.

Viento/Lamento.

ASTROV se sienta en la silla más vieja. Los crujidos de la madera parecen los de su cuerpo.

ASTROV: Soy un estrafalario. Llevo muchos años luchando para no serlo, pero al final siempre acabo vencido. Un estúpido bigote me marcó durante un tiempo y, siempre que lo afeitaba, terminaba volviendo a invadir mi boca con un pelo igual de recio que el de los perros. Tengo boca de perro... Ahora el pelo se me cae y no sé cuál de las dos cosas es peor.

Mueve el cuerpo. Cruje la silla.

Ella lo sabe. Sabe que aquel hombre murió en la mesa de operaciones. Ella lo sabe, todo el mundo lo sabe... Pero no fue a propósito. ¿Me estáis escuchando? ¿Queda algún fantasma por aquí que necesite que le conteste a un cuestionario? Soy un estrafalario porque vivo entre estrafalarios. Así que vamos a celebrarlo. *(Se incorpora. Coge el vodka. Bebe. Mira al frente, a la inmensa y vacía nada.)* No fue culpa mía. Estaba muy cansado y quizá había bebido un poco, el suficiente para no ceder ante la desesperación. Había terminado el día y solo pude cerrar los ojos unos instantes. ¡Pobre hombre!

¡No fue culpa mía!

Aquel hombre tenía el cuerpo lleno de heridas y un tajo enorme la cortaba el abdomen por la mitad

Era muy pequeño...

Esta tierra está llena de hombres pequeños que necesitan no andar, sino correr para poder llegar a los sitios.

Señala al azar distintos lugares en el mapa.

Las distancias son enormes, gigantescas. Yo estoy aquí y ella está allí, ahogada en aquella ciudad monstruosa, hostil, sangrienta, que es capaz de salpicar su mierda por todo lo largo y ancho de este mundo. Más marrón que usar para tachar todo lo que quiere estar lejos, escapar. Pero de nada sirve. No hay salida. Solo nos queda morir. Pero tú puedes salvarme. Dime, querida y amada Elena, ¿estás aquí? Oh, ese perfume, ese ramillete de cerezos engarzado en tu cabello... Pero tú tampoco quisiste amarme porque preferiste a un viejo ilustrado y no a un médico asesino que a veces bebe para no sentirse, para olvidarse de cómo es...

Coge una pintura marrón hiriendo unos de los mapas con su color.

Mirad cómo está el mundo. Pronto todo estará yermo y hasta los vientres de las mujeres se quemarán...

¡Yo soy Astrov y moriré envuelto en llamas!

Cae, agotado, rendido encima de la mesa. Le falta el aire. Solloza. Mira al frente. La cabeza le hierve.

Oscuridad.

El tiempo PASA DESPACIO, dejando paso a una tenue luz.

ASTROV está preparando un juego de té. Se muestra impaciente. SOFÍA llega al punto de encuentro. La mano de ASTROV la invita a seguir el camino.

SOFIA: Qué bien se está aquí.

ASTROV: Su té. No recuerdo si le gusta con azúcar.

SOFIA: No, gracias.

ASTROV: ¿Le apetece un poco de vodka?

SOFÍA asiente. ASTROV le echa unas gotas en el té. Ella bebe.

Silencio.

SOFIA: ¿Usted no bebe?

ASTROV: No.

SOFIA: Estuve mirando un libro que mi padre me regaló sobre la historia de la ciudad y su nombre aparece en él, doctor Astrov.

ASTROV: ¿En serio?

SOFIA: En él explica que usted lideró uno de los equipos médicos y que, además, fue el que más heridos salvó.

ASTROV: Me gustaría ver ese libro.

SOFIA: Mañana se lo traigo. La verdad es que estoy impresionada.

ASTROV: Por mi estrafalario bigote.

SOFIA: ¿Cómo?

ASTROV: No hay manera de deshacerse de él. Lo he intentado todo. Solo me queda quemarme la cara...

SOFIA: No creo que sea buena idea. Sigue siendo un hombre muy guapo. (*Silencio.*) En algunas fotos aparece posando con el médico jefe que estuvo a cargo de su equipo.

ASTROV: El doctor Dorn.

SOFIA: Sí, creo que ese era el nombre.

ASTROV: Era más guapo que yo.

SOFIA: (*Sonríe.*) La calidad de la foto no es muy buena y no se le distingue bien. Pero parecía ser un hombre muy altivo.

ASTROV: Lo era. Seguro que posa con el cuello bien estirado. Insistía en que el tabaco y el alcohol borraban la personalidad.

SOFIA: ¿Y usted?

ASTROV: Yo nunca he sido tan perspicaz. Pero si el doctor Dorn lo dijo, es que es verdad. Ahora, por ejemplo, su personalidad se me antoja borrosa, y eso que apenas he bebido. (*Breve pausa.*) He perdido las gafas entre alguno de estos mapas y no hay manera de dar con ellas. Quizá si las encontrase...

SOFIA: Puedo ayudarle a buscarlas.

ASTROV: ¿Haría eso por mí? Es usted encantadora, como una sirena. Pero debe tener cuidado. En algunos de estos pliegos esperan bosques tan profundos como el mar y dentro habitan toda clase de criaturas fantásticas las cuales pueden ser insaciables. Su alimento preferido es la carne de doncella.

SOFIA: Entonces no me pasará nada.

ASTROV: ¿Qué le queda de doncella?

SOFIA: Digamos que la ilusión.

ASTROV: Alguien dijo que las ilusiones son, por naturaleza, bellas.

SOFIA: Y tiene razón.

Sofía coge uno de los pliegos y lo despliega. Todo es verde, tanto que parece querer traspasar los límites del papel,

ASTROV: Ese lo dibujé y pinté hace unos veinte años. Ahora ya nada es así. Pero no me he molestado en modificarlo.

SOFIA: Mi madre tenía un atlas y me gustaba recorrer con el dedo los ríos y los sistemas montañosos.

ASTROV: Esos bosques contenían una gran variedad de árboles, pero supongo que sabrá que talaron la mayoría para seguir ampliando esa espantosa ciudad en la que usted vive.

SOFIA: Tanto verde puede resultar agobiante, ¿no le parece? A mí los desiertos me atraen mucho.

ASTROV: Los desiertos... Y qué deberíamos hacer para corregir tan desagradable sensación.

SOFIA: *(Breve pausa.)* Lo siento, no debería haber dicho nada.

ASTROV: No ha sido ni ingeniosa ni graciosa. Quizá un poco mezquino por su parte creer que estar rodeado de verde es agobiante... Pero no tenemos por qué opinar igual. No será nunca alimento ni de los monstruos come doncellas ni de los locos que quieren quemarlo... Pensar así la libra de lo

imprevisible, de lo cruel que puede ser un vasto bosque o la mano que empuña la llama que lo quiere arrasar.

SOFIA: Un desierto también puede ser un sitio cruel.

ASTROV: Desde luego. Y si seguimos rizando el rizo, qué decir de lo cruel que una mujer puede ser con un hombre...

SOFIA: Y viceversa...

ASTROV: Y viceversa... *(Breve pausa.)* ¿No hay cuestionario hoy?

SOFIA: Desde luego. Pero no tenemos que basar todo el proceso en él.

ASTROV: Curioso cambio de padecer. Ayer no dijo eso.

SOFIA: Ayer era más ignorante que hoy. Y quizá hoy pueda usted enseñarme algo más.

Pausa. Se miran durante unos instantes.

ASTROV: No creo que al gobierno le parezca bien que una de sus funcionarias vaya por libre.

SOFIA: No he dicho eso. Pero creo que así, hablando sin papeles de por medio, estamos menos tensos.

ASTROV: ¿Y luego se acuerda de todo?

SOFIA: De todo lo importante, sí. Pero si quiere, me siento y saco los papeles.

ASTROV: Sí.

Se miran de nuevo. Ella se sienta y saca los papeles de su cartera.

SOFIA: Es mejor estar dentro del cerco de seguridad, ¿no?

ASTROV: Y la primera pregunta de hoy ¿es?

SOFIA: Explíqueme qué actividades realiza un día normal.

ASTROV: Las mismas que en un día no normal.

SOFIA: Se lo pregunto para establecer un patrón que nos ayude a preciar en que cuestiones necesitaría apoyo.

ASTROV: No la entiendo.

SOFIA: Vive aquí, solo y aislado.

ASTROV: Solo no, aislado, puede, pero por propia decisión.

SOFIA: ¿Puedo saber la razón?

ASTROV: En mi caso fue un impulso.

SOFIA: Sin más.

ASTROV: Sí, sin más. Necesitaba poner distancia, eso es todo.

SOFIA: Entonces sí que hay una razón.

ASTROV: Pues tome nota de ella.

SOFIA: Cuánto hace que decidió dejarse llevar por ese impulso.

ASTROV: ¿No hay nada de eso ahí?

SOFIA: No.

ASTROV: Mejor, así tiene algo más que hacer.

SOFIA: ¿Quién le trae la comida?

ASTROV: Nadie. Me administro para ir solo una vez a la semana al pueblo.

SOFIA: Pero en invierno la nieve lo cubre todo y es imposible llegar a los sitios.

ASTROV: Entonces dejo de comer y me dedico a beber. Y cuando no bebo, duermo, igual que un viejo oso en su madriguera. Qué hace usted cuando la nieve lo cubre todo.

SOFIA: Ojalá pudiera hacer como usted, pero yo debo levantarme todos los días he ir a trabajar.

ASTROV: Pero le gusta su trabajo.

SOFIA: Sí, me gusta, pero, a veces, no es suficiente.

ASTROV: Qué más necesita.

SOFIA: Veo que también tiene su propio cuestionario.

ASTROV: Una cosa por otra. Es justo, ¿no cree?

SOFIA: Me gustaría tener la oportunidad de parar. El mundo gira sin sentido y no puedo entender todo lo que ocurre en él.

ASTROV: No debe perder el tiempo. El mundo es eso, mundo, y seguro que no tiene el más mínimo interés en un viejo y su encuestadora.

Pausa.

SOFIA: ¿Así es como me percibe?

ASTROV: Es a lo que se dedica, ¿no?

SOFIA: Pero hago muchas otras cosas.

ASTROV: Inventarse mapas. Resulta paradójico.

SOFIA: Qué

ASTROV: Que haga al mundo más grande. Si no entiende en el que vive, para qué ensanchar más esa incompreensión.

SOFIA: Ese mundo tiene sus propias normas, normas que invento, que ajusto a mis necesidades.

ASTROV: Muy hábil, brindo por eso, pero al final no dejar de ser otra forma de aplazar el momento del reconocimiento. (*Pausa.*) Lo siento, le mentido, usted también tiene los ojos opacos.

SOFIA: No es verdad.

ASTROV: Lo es, claro que sí. Me la imagino levantándose todas las mañanas con un nudo en el estómago. La primera sensación es la de la soledad. Su cama es grande, o quizá solo cabe su menudo cuerpo, pero, cuando está acostada, la cama es un espacio que no parece tener fin. Se tapa la cara con las manos, pero no hay suficiente oscuridad y la luz la apremia para ponerse en pie. Dirige sus pasos hacia el baño, evitando mirarse demasiado en el espejo porque con sentir es suficiente, y contemplar su reflejo es como doblar el peso de su vida. Se viste y sale de casa y la gente no la mira, es un fantasma... no, ni eso. Si muriese nadie invocaría su presencia, porque nadie la echa de menos. Por eso viene aquí a ver al pobre Astrov, ese viejo gruñón y borracho que vive en medio de la nada.

Silencio.

SOFIA: Lástima que no haya podido aplicar esa perspicacia en su vida.

Pausa.

ASTROV: No desaproveche lo que le he dicho. Su cuestionario tendrá muchísimo más interés.

SOFIA: Por eso bebe, ¿no?

ASTROV: ¿A qué se refiere?

SOFIA: No deja de ser un pobre hombre...

Breve pausa.

ASTROV: ¿A qué estás jugando, pequeña?

SOFIA: ¿Por qué me mira así?

ASTROV: Cómo te miro.

SOFIA: No es así como debe mirarme un hombre como usted.

ASTROV: ¿Y cómo soy?

SOFIA: No es un bruto. No huele a animal, aunque ahora esté a punto de parecerlo.

ASTROV: El oso ha salido de su madriguera, pero no temas; no voy a comerte.

Un gruñido surge de su garganta. Después otro, y otro. SOFÍA se levanta, tirando la silla. Guarda los papales a toda prisa y, cogiendo la cartera, sale, deslizando la mano por el mapa. ASTROV ríe. Coge la taza que usó SOFÍA y desliza la lengua por dentro. Pasan unos instantes. Enciende un pequeño aparato de radio. La música suena lejana. Se sienta en la silla que cruje. Mueve su cuerpo. El dolor se adueña de él. Trata de levantarse. Tras repetidos intentos, cede y cierra los ojos.

Oscuridad.

Luz, pero no de la que viene del sol.

Entra SOFÍA/ELENA. Lleva puesto un camisón que insinúa su cuerpo. Contempla al hombre que ahora duerme contorsionado, apresado en una vieja silla.

Se acerca a él, dándole un beso en la frente.

ASTROV abre los ojos. Con movimientos lentos, con el crujido acompañándolos, él se abraza a la cintura de ella. Sofía le acaricia la cabeza.

ASTROV: Elena, mi dulce Elena.

SOFÍA/ELENA: Hace frío.

ASTROV: No importa.

SOFÍA/ELENA: ¿Has visto cómo está el bosque?

ASTROV: No, no he querido salir de casa. A veces me da miedo.

SOFÍA/ELENA: ¿Qué?

ASTROV: No saber volver.

SOFÍA/ELENA: No debí dejarte aquí. Esta casa está cerca de lo que conoces y demasiado lejos de lo que no. Así nunca vas a poder morir tranquilo.

ASTROV: ¿Morir?

SOFÍA/ELENA: En algún momento tendrás que marcharte. Todo lo que has querido hacer ya está hecho.

ASTROV: Me queda quemarlo todo.

SOFÍA/ELENA: Ibas a dejar la tierra llena de árboles para que los hombres nunca te olvidaran. ¿Por qué dejar que eso no ocurra?

ASTROV: Porque no se lo merecen. Son todos unos estrafalarios. Todos llevan el mismo ridículo bigote. Y todos tienen boca de perro. Mi querida Elena, el pasado ha vuelto a despertar.

SOFÍA/ELENA: El pasado nunca duerme.

ASTROV: Sí, duerme, a base de litros de vodka. Pero esta vez es distinto. Sus sacudidas van a conseguir que desaparezca en la nada. No quiero marcharme ahora. No vuelvas a dejarme solo. ¿No ves que no puedo

soportarlo? El fuego es cada día más hermoso, pero hay demasiada nieve y frío y sin ti, el tiempo es como un animal extraño. Estoy harto de esperar.

SOFÍA/ELENA: Siempre puedes mirar más allá de estos mapas. Quiero enseñarte algo. Ven, vamos fuera.

Ambos salen.

PASA EL TIEMPO.

Se escucha la música aún más lejana.

Entra SOFÍA, cargando con el cuerpo de ASTROV. Lo deja en el suelo. Se quita el abrigo y se lo echa por encima a él. Coge la botella de vodka, vertiéndole a él en los labios. Sofía le toma el pulso.

PASA EL TIEMPO.

ASTROV abre los ojos. Ella se ha sentado a su lado.

SOFÍA: Bienvenido. Cómo se encuentra.

ASTROV: ¿Qué ha pasado?

SOFÍA: Dígamelo usted.

Pausa.

ASTROV: Los fantasmas.

Pausa.

SOFÍA: Estaba fuera, tumbado al lado de la puerta...

ASTROV: He volado.

SOFÍA: ¿Qué le ha pasado?

ASTROV: Llámame por mi nombre.

Breve pausa.

SOFÍA: Astrov, qué...

Breve pausa.

ASTROV: Ella también dejaba los labios un poco abiertos después de decir mi nombre, como si lo abrazara.

SOFÍA: ¿Ella?

ASTROV: Elena...

SOFÍA: *(Se pone en pie.)* Necesitas entrar en calor.

ASTROV: No puedo moverme. El frío me ha congelado.

SOFÍA: *(Se acerca a la chimenea. Echa un tronco. Azuza la débil llama.)* Los osos no mueren de frío, solo de hambre. El hambre es lo que les vuelve locos y están dispuestos a alimentarse de cualquier cosa con tal de no morir. Así me miraste ayer, como si fuese un pequeño trozo de carne...

ASTROV: No pretendía asustarte.

SOFÍA: Pero lo hiciste. Podría haber cerrado mi informe con la palabra desequilibrado. *(Se vuelve.)* Imagina, doctor Astrov, lo que hubiese ocurrido entonces. Ahora estarías en el psiquiátrico, en el pabellón número 6, rodeado de otros locos que se preguntan por la eternidad.

ASTROV: Pero has vuelto.

SOFÍA: Sí... Supongo que aún quedan más palabras que escribir en el cuestionario. *(Pausa.)* Creo que siempre estás huyendo y me gustaría saber la razón. Porque, y siento decírtelo, tú no eres un hombre de impulsos. Eso te haría distinto, pero no es así.

ASTROV: Quieres aprovecharte de un pobre anciano.

SOFÍA: ¿Puedes levantarte?

ASTROV: Puedo, pero no quiero. Quedémonos así, un poco más.

SOFÍA: El suelo está frío.

ASTROV: Da igual. *(Pausa)* Te pareces a ella.

SOFÍA: ¿A quién?

ASTROV: A Elena.

SOFÍA: Qué fue de ella.

ASTROV: Yo la quería, pero ella a mí... Estaba atrapada por la gravedad de la tierra y yo no le parecí suficiente. Un día me dijo que quería ver mis mapas. Algunos de ellos los conservo porque sus manos... Su mirada y su forma de hablar me hicieron entender que... Pero no estaba dispuesta a admitirlo. Estaba casada con un hombre que le doblaba la edad y solo ella sabía por qué decidió consumir su vida al lado de un hombre viejo, enfermo y caprichoso. Solían vivir en la ciudad, pero después de la epidemia pasaban muchas temporadas en una casa situada a pocos kilómetros de aquí. Tenía un amigo, Vania, que cuidaba de la casa y de las tierras, pero terminó cuando el viejo decidió venderlo todo. Elena... se despidió de mí con lágrimas en los ojos, y jamás volvimos a vernos.

SOFÍA: *(Sonriendo.)* ¿Ves cómo es mejor no usar el cuestionario?

ASTROV: Quiero levantarme.

SOFÍA va ayudarlo, pero ASTROV la rechaza.

SOFÍA: ¿Mejor?

ASTROV hace un gesto de hombros. Bebe un trago.

ASTROV: ¿Te has acordado de traer el libro?

SOFÍA: Sí.

Ella saca el libro. Lo abre por la página que habla de la epidemia. Se lo entrega a él. ASTROV lo mira con interés, tanto que olvida la presencia de ella. SOFÍA se sienta en la silla. Mira al suelo. Pasan unos instantes en donde no parece ocurrir nada. De hito en hito, SOFÍA contempla a ASTROV. Éste se sienta en la otra silla. No se mueve, no hay apenas crujidos. Va pasando las hojas. Él ya hace rato que se ha ido, mezclándose entre las palabras y las fotos.

SOFÍA: Muchos recuerdos, ¿verdad?

ASTROV: ¿Cómo?

SOFÍA: Los recuerdos.

ASTROV: Sí, son una maldición. *(Pausa.)* Algunas de estas fotos son excelentes.

SOFÍA: Un retrato fiel de todo cuanto ocurrió.

ASTROV: Pero no he visto la foto en la que salgo con el doctor Dorn.

SOFÍA: *(Breve pausa.)* Es que no está en ese libro.

ASTROV: No te comprendo. ¿Es que hay más publicaciones?

SOFÍA: La foto de la que te hablé no está en ningún libro.

ASTROV: Dónde entonces.

*SOFÍA se levanta. Se pone el abrigo y coge su cartera.
Y sin decir nada, sin tocar ningún mapa, se va.*

HAN PASADO LAS HORAS.

ASTROV se ha detenido en una de las hojas. Sin moverse, las lágrimas brotan de sus ojos. Susurrando dice "ELENA".

Pasa más hojas. ASTROV levanta la vista. Un rastro de desconcierto le invade el rostro.

Deja el libro encima de la mesa y, apresuradamente, abandona el lugar. Se le oye gritar el nombre de SOFÍA repetidas veces.

Entra. Está agotado. Toma un trago. Se sienta en la silla que no cruje. Desliza las manos por los costados del asiento. Cierra los ojos.

Tiempo.

SOFÍA desliza la mano sobre el mapa. Esta vez lo hace a lo largo y ancho de su extensión. ASTROV sigue con los ojos cerrados, ajeno a cualquier presencia. SOFÍA se detiene en un punto.

SOFÍA: Aquí nació yo. Era una casa muy pequeña.

ASTROV: ¿Te gustaba?

SOFÍA: Sí. Cómo no me iba a gustar.

ASTROV: ¿Y por qué te fuiste?

SOFÍA: Por qué no abres los ojos.

ASTROV: La oscuridad me ayuda a pensar. Cuando necesito encajar piezas, cierro los ojos y poco a poco voy entendiendo lo que antes me era incompresible.

SOFÍA: Como el presente...

ASTROV: O el pasado.

SOFÍA: *(Se acerca a él.)* Pero yo estoy aquí, ahora.

ASTROV: ¿Qué quieres?

SOFÍA: Estar contigo. Puedo ser tu Elena.

Él abre los ojos. Se pone en pie, alejándose.

ASTROV: Te burlas de mí

SOFÍA: Por qué crees eso.

ASTROV: ¿Quién eres? ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Es una nueva política social del gobierno? Eso debe ser. A falta de otras opciones, qué mejor manera para levantar el ánimo de un anciano que mandar a una joven más o menos atractiva para que le escuche o mejor... le susurre barbaridades al oído.

SOFÍA: Estoy aquí, más expuesta que nunca... más desnuda que nunca y no haces otra cosa que clavarme palabras.

Pausa. Ella lo mira. Respira hondo.

ASTROV: *(Se sirve un trago. Bebe.)* ¿Y bien?

SOFÍA: Yo nací...

ASTROV: ¿Y?

SOFÍA: En una casa muy pequeña... Un ratón me estuvo haciendo compañía durante un los primeros años de mi vida. Apareció justo el día de mi primer cumpleaños y desapareció cinco años después, también el día de mi cumpleaños. Es increíble, ¿verdad? Siempre he creído que se trataba de un duende que vino a cuidarme.

ASTROV vuelve a cerrar los ojos.

Ese día mi madre cayó enferma. En realidad nunca dejó de estarlo. Al día siguiente de mi sexto cumpleaños resbaló en el hielo y se rompió una pierna. Unos jornaleros llamaron a un médico. *(Se acerca a él.)* No sé qué le pudo pasar, pero se volvió extraña. Fue como si ver a aquel médico... a aquel hombre abriese algo que debía estar cerrado, oculto. *(Breve pausa.)* La morfina la ayudó a decidir que ya no quería seguir así y...

ASTROV: ¿Qué fue de ella?

SOFÍA: Está muerta. La enterraron... aquí. (*Señala un punto en el mapa.*) No hay mucha distancia entre el cementerio y este lugar.

ASTROV: Lo sé.

SOFÍA: Deberías abrir los ojos.

ASTROV: No.

SOFÍA: El buen doctor... Mírame.

ASTROV: No...

SOFÍA bebe otra vez. Esta vez lo hace de la botella. Se acerca a él. Con sus manos rodea la cara de ASTROV. Le da un beso en los labios. Después derrama alcohol sobre los labios de él. ASTROV quiere zafarse, pero ella ejerce presión. Al final, él consigue empujarla. Se pone en pie.

SOFÍA: No te gusta cómo beso. Son los besos de Elena. Según tú, también dejo tu nombre abrazado con mis labios... Astrov...

ASTROV: No sigas, por favor.

SOFÍA: Y tenemos la misma edad.

ASTROV: Por eso has venido ahora...

SOFÍA: Elena me lo describió todo perfectamente: la mesa llena de mapas y pinturas, más mapas pegados a las paredes, una chimenea que apenas da calor, la botella de vodka, y tú, en medio de la habitación, impaciente como un niño, mientras ella se arreglaba discretamente para no dar a entender que estaba especialmente interesada por ti. Quería saber cosas sobre tus mapas, pero no supo manejar la situación y el deseo la delató. Ante todo era una señora casada y eso pesaba mucho sobre su conciencia... Pero ahí estaban tus manos para agarrarla, para reconocer su cuerpo... (*Breve pausa.*) El destino os separó. (*Del bolsillo de su abrigo, saca un lápiz.*) ¿Qué te parece? Es el que se llevó aquel día como recuerdo.

Breve pausa.

Con este lápiz escribió sus últimas palabras antes de colgarse.

Lo deja encima de la mesa.

Silencio.

ASTROV: Eres un fantasma.

SOFÍA: No, soy real.

ASTROV: Recoge tu libro y vete.

SOFÍA: Si me voy te perderás el presente.

ASTROV: ¿Eso crees? *(Breve pausa.)* No he dejado de observarte, de vigilarte. Eres igual que ella. Desde el primer día todo se transformó. He dejado de hacer cosas. Todo esto desaparecerá porque así lo quiero, pero tu presencia me ha llevado por otros caminos que en realidad no conducen a ninguna parte. Eso mismo consiguió: que todos dejásemos de lado nuestras ocupaciones para atenderla a ella y a su absurdo marido.

SOFÍA: Elena decía que no te gustan los hombres pequeños, pero sí las mujeres que caben en la palma de una mano. Por eso, el día que te avisaron los jornaleros, entendiste que la vida te había dado una segunda oportunidad. Qué fue lo que te encontraste.

ASTROV: No sé qué esperas de mí.

SOFÍA: Viste a una mujer hundida, abandonada a su suerte. Todo el dinero de la venta de la casa se esfumó porque su marido lo había invertido en absurdos proyectos científicos que nunca dieron resultado, quedándole a ella solo lo suficiente para vivir en un viejo apartamento en donde los ratones eran lo más parecido a una familia.

ASTROV: No sigas, por favor.

SOFÍA: Por qué no. Me consta que te gustan los buenos relatos y en este, doctor, eres el protagonista.

ASTROV: Ya sé quién eres.

SOFÍA: En absoluto. No sabes nada de mí. Pero te estoy dando la oportunidad para que eso cambie. Llevo muchos años esperando este momento y no vas a conseguir que me marche, ya no. *(Breve pausa.)* Tenemos que completar el cuestionario. *(Se quita el abrigo. Lo mira con intensidad.)* Sobrevivirás a tu tiempo por ser otra especie de epidemia, doctor Astrov.

*ASTROV le golpea en la cara. Ella cae al suelo.
El coge la botella y bebe. Se acerca al mapa que antes señaló SOFÍA y lo rompe.*

SOFÍA: Es así como te gustaba verla a ella. Y a todos los demás. Doctor, has herido más que curado.

ASTROV: No hace falta que venga a nadie a decirme lo que ya sé. ¿Quieres que lo reconozca? Muy bien. Estoy resuelto a irme enseguida de aquí, así que ya no tendrás de qué preocuparte.

Pausa.

SOFÍA: *(Se pone en pie.)* No quiero que mueras. *(Silencio. Sus labios se acercan hasta los de él.)* Quiero que vuelvas a vivir aquel momento.

ASTROV: No se puede revivir lo que ya está muerto.

Sofía-. He venido hoy aquí para que me mires mientras me explicas cómo haces los mapas. Tus ojos se llenarán de verde.

ASTROV: Por qué estás haciendo esto.

SOFÍA: No pierdas más el tiempo. Aún no hemos puesto ninguna etiqueta entre nosotros. Somos dos personas extrañas, alejadas, pero a la vez unidas. Vamos, te escucho, Astrov...

La mira. Pone distancia. Se sienta en la silla. Los crujidos lo llenan todo. Las lágrimas comienzan a aparecer.

ASTROV: Llegué a estas tierras lleno de ilusiones, pero la miseria era tan grande, tan... poderosa, que nadie se atrevía siquiera a pensar en que otra vida era posible.

SOFÍA: Querías que se levantaran contra los dueños de las tierras.

ASTROV: Todas mis esperanzas comenzaron a congelarse y la única forma de no morir de frío era beber. Primero fueron unas gotas, unos tragos furtivos, pero luego ya no me importó que los demás me viesen con la espalda torcida.

SOFÍA: A pesar de ser médico.

ASTROV: Sí... La epidemia cercó a la ciudad sin darnos cuenta y por eso me esforcé en dejar de beber. Me debía a mis pacientes. Acababa tan cansado que ni siquiera tenía tiempo para recordar el sabor del alcohol. Pero un día no puede aguantarlo más y me bebí media botella. Fue cuando me trajeron a aquel jornalero herido de parte a parte... Su cuerpo era pequeño, como el de un niño.

SOFÍA: Y murió. Pero todo eso terminó, se fue.

ASTROV: Nunca se ha ido.

SOFÍA: *(Se arrodilla enfrente.)* Y pasaron los años. Y llegó Elena.

ASTROV: ¡Elena!

SOFÍA: Mi querido doctor Astrov, mi querido padre...

Apoya la cabeza en las piernas de él.

ASTROV: Ella también olía a cerezos. *(Le acaricia el cabello.)* No es posible que haya muerto, así... No pudo tener un final tan horrible.

SOFÍA: Lo tuvo, pero también eso es el pasado.

ASTROV: Mírame. *(Ella levanta la cabeza.)* ¿Qué haces con tus fantasmas?

SOFÍA: No pienso en ellos.

ASTROV: ¿Por qué?

SOFÍA: Porque eso les da fuerza.

ASTROV: Y sin embargo no haces más que nombrarlos.

SOFÍA: Porque tus quieres que sea así.

ASTROV: *(Se levanta. Coge el lápiz.)* Cómo no hacerlo si todo lo que me rodea ha vivido conmigo desde aquel día. *(Pausa. Le entrega el lápiz.)* Déjame solo. Ya no quiero hablar más. Coge tu libro, tu viento helado y márchate.

SOFÍA: Tendré que poner en el informe que no necesitas ningún tipo de ayuda.

ASTROV: Exacto.

SOFÍA: Eres un alcohólico y un estrafalario.

ASTROV: Sí...

SOFÍA: Elena está muerta por tu culpa.

ASTROV: Por favor, basta...

SOFÍA: *(Con el lápiz rasga uno de los grandes mapas.)* ¿Esto te hace daño?

ASTROV: No sigas...

Silencio. SOFÍA se pone el abrigo. Pone una mano sobre el mapa roto. Comienza a andar pero algo le impide dar el siguiente paso. Mira su mano sobre la brecha.

SOFÍA: Somos iguales.

ASTROV: Entonces te deseo buena suerte. La vas a necesitar.

SOFÍA: Soy una mujer que cabe en la palma de una mano y tú... *(Se vuelve.)* Eres igual de pequeño. Por eso llevas tantos años queriendo morir. Pero morir, doctor Astrov, requiere valor. Elena lo tenía y lo usó para ponerse una cuerda... *(Pausa.)* Le fascinaron tus modales, tu manera de hablar, de mirar, de tocar, sin saber que detrás de todo eso había un hombre apenas visible para los demás y que necesitaba hacer daño para conseguir atención. Tú fuiste ese gran incendio y, como no pudiste acabar con todos, invocaste una epidemia. Pero ahí estaba el buen doctor, el pequeño y borracho Astrov para repartir cuidados y palabras de ánimo. Te hiciste un poco más alto, y para celebrarlo, el vodka fue la mejor opción. Los salvadores no se emborrachan, si acaso obran milagros, pero tú...

ASTROV: Adiós, Sofía.

SOFÍA: No me llamo Sofía. Mi madre me puso su nombre.

Pausa.

ASTROV: Elena...

ELENA: Prométemelo.

ASTROV: ¿Qué?

ELENA: Que lo vas a hacer.

ASTROV: No puedo hacerlo porque no me creerás.

ELENA: Pues esfuérzate. Hazlo con la misma intensidad con la que llegaste a su viejo apartamento para curarle la pierna. Qué ocurrió cuando la viste. La tierra se detuvo, ¿verdad? Qué había pasado con esa mujer, tan elegante y refinada. Habían transcurrido más de diez años desde el día que os visteis por última vez, pero fue como si nada de eso importase. Tu deseo y su desesperación se aliaron para prolongar el encuentro durante unos meses. Penetraste en su carne hasta romperle el alma, pero era lo que ella quería; diluirse en otro para poder compartir su dolor, su amargura, su pobreza... Y, un día, te dijo que estaba embarazada pero Astrov, el mago borracho, consiguió desaparecer en uno de sus mapas.

ELENA arranca los mapas de la pared. Cada vez que rasga uno de los papeles, la furia va creciendo.

Él coge la botella. La mira. Comienza a echarse vodka por la cabeza.

ASTROV se acerca a la chimenea. La cara se le va tiñendo de rojo.

ELENA: El fuego no te va a purificar.

ASTROV: No busco la purificación.

ELENA: Sal fuera y deja que el viento te congele.

ASTROV: Mi sangre está llena de alcohol.

ELENA: Tu sangre... Espero no tener ni un maldito glóbulo tuyo.

ASTROV: Como médico te digo que eso es imposible.

ELENA: ¿Y como padre?

ASTROV: Una hija nunca debe insinuarse a su padre, y tú lo has hecho.

ELENA: El cinismo es una de tus marcas.

ASTROV: Y por esa razón creíste que iba a ceder. No sé qué clase de insecto vive en tu cabeza. Quizá la que necesita ingresar en el pabellón número 6 eres tú y no yo.

ELENA: No te preocupes. La mitad del trabajo ya está hecho. Mucha gente recuerda lo que hiciste, incluidos los familiares de aquel paciente que se te murió en las manos. Sus esperanzas chocaron de frente con la frustración del buen doctor, y cuando eso ocurre, el vodka sustituye cualquier norma y comportamiento. Sí, estaba muy herido, pero tenía una posibilidad de ser salvado, pero tú lo condenaste a muerte. Eso mismo hiciste con mi madre. Es necesario que todo esto termine. Si no haces algo, el pabellón número 6 te espera. Después de todo, no soy el monstruo que ahora ves; te estoy dando la opción de elegir.

ASTROV: Arderé sin prisa y por eso me recordarán las generaciones venideras. Me recordarán por haber muerto de pie, soportando el calor del fuego y al fuego mismo. Pintó bosques inmensos, curó a los hombres y los puso en esos bosques...

Mi nombre es Astrov y moriré envuelto en llamas.

Esa es mi decisión.

ELENA: Perdurarás el pensamiento de los demás como una desgracia que fue capaz de arrasarlo todo. Voy a salir fuera y esperaré. No me marcharé hasta que no vea cómo la casa se derrumba encima de tu viejo cuerpo.

Se miran. ELENA sale. ASTROV se queda suspendido en el tiempo.

FINAL